

ANTONIO JIMÉNEZ ORTIZ \*

## ¿ES CREÍBLE TODAVÍA LA FE EN DIOS CREADOR?

A principios de los años 90 los católicos españoles que creían firmemente en la creación divina del mundo eran un 63,5 por 100, y los que creían con bastantes dudas un 17,7 por 100<sup>1</sup>. En 1994 los jóvenes españoles que están de acuerdo con la afirmación «Dios es algo superior que creó todo y de quien depende todo» son el 53,9 por 100, y en 1999 ese porcentaje se reduce al 42,9 por 100<sup>2</sup>. Y al mismo tiempo podemos comprobar cómo en los últimos años va subiendo entre los españoles la preocupación por el medio ambiente, la sensibilidad ecológica. ¿Es creíble todavía la fe en Dios creador? Ésta es la pregunta que nos planteamos. Y debemos reconocer que no estamos ante una verdad secundaria de la fe: en el credo profesamos «Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible e invisible...». No podríamos entender a Dios sin ese poder creador que determina nuestra condición de criaturas, el sentido de la realidad finita y la meta última de lo que llamamos la creación.

En el pensamiento bíblico la reflexión sobre la naturaleza y el cosmos como obras de Dios brota de la experiencia salvífica del creyente.

---

\* Facultad de Teología de Granada.

<sup>1</sup> Cf. P. GONZÁLEZ BLASCO - J. GONZÁLEZ ANLEO, *Religión y Sociedad en la España de los 90*, Fundación Santa María, Madrid 1992, 57-58.

<sup>2</sup> Cf. J. ELZO - J. GONZÁLEZ ANLEO, *Los Jóvenes y la Religión*, en J. ELZO (y otros), *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid 1999, 281-283.

En una historia de dolor e injusticia es posible mantener la esperanza, el anhelo de la salvación porque Yahvé es el soberano de todo: del pasado, del presente y del futuro, de los hombres y del mundo, de la historia y del cosmos. Él es *Yahvé Sebaoth*: el «Señor de los ejércitos» de todas las criaturas del cielo y de la tierra...

## LAS AFIRMACIONES DEL ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO SOBRE LA CREACIÓN DE DIOS

Como ya hemos apuntado, para hablar de Dios como creador, de ordinario se echaba mano casi exclusivamente de las narraciones que leemos hoy al comienzo de la Biblia. Y se cometía, sin querer, un error de perspectiva: se pensaba equivocadamente que «la creación en seis días» habría sido lo primero en escribirse en la tradición bíblica. En realidad procede de la reflexión de círculos sacerdotales del siglo VI (a.C.), en el destierro de Babilonia. Y es precisamente en esa época donde encontramos al gran teólogo de la creación, un profeta de nombre desconocido, al que se suele llamar en el lenguaje de los exegetas Isaías II o Deuteroisaiás (al que corresponde la autoría de los capítulos 40-55 del libro de Isaías). En la humillación del destierro, ante las expectativas de su final, este hombre reafirma la confianza en Yahvé, Señor de la historia, porque él es también Señor de la naturaleza, creador del cielo y de la tierra:

«Alzad los ojos a lo alto y mirad:  
 ¿Quién creó aquello? (...)  
 ¿Por qué andas hablando, Jacob, y diciendo, Israel:  
 “Mi suerte está oculta al Señor,  
 mi Dios ignora mi causa”  
 ¿Acaso no lo sabes, es que no lo has oído?  
 El Señor es un Dios eterno  
 y creó los confines del orbe» (Is 40, 26a. 27-28).

«Así dice el Señor, tu redentor,  
 que te formó en el vientre:  
 Yo soy el Señor, creador de todo;  
 yo solo desplegué el cielo, yo afiancé la tierra.  
 Y ¿quién me ayudaba?» (Is 44, 24).

En ese ambiente se fue gestando la reflexión que sostiene la elaboración y redacción de «la creación en seis días» (Gn 1,1 - 2,4a), a partir de materiales literarios de diversa procedencia sobre el origen del cosmos:

«Al principio creó Dios el cielo y la tierra...». Es el llamado «relato sacerdotal» o de la fuente P (del nombre alemán *Priesterschrift*), una exposición muy sistemática, de carácter formal y didáctico, sobre el esquema de la semana de seis días laborables y un día de descanso, el sábado, signo de la alianza de Yahvé con su pueblo (Ex 31, 13.16-17). Dios crea el cosmos a partir del caos original con la fuerza de su palabra poderosa<sup>3</sup>.

Más de trescientos años antes un autor, de nombre desconocido, y a quien se le puso el nombre del «Yahvista» (fuente J del Pentateuco), escribió, en opinión de la mayoría de los especialistas, un relato más breve (Gn 2, 4b-25). En un estilo narrativo más vivo e imaginativo, lleno de símbolos, representa la creación como el gesto de Dios que hace florecer un oasis («el paraíso») en un desierto árido. En el relato sacerdotal el ser humano es creado en la cúspide de la pirámide de la creación, y en la reflexión del «Yahvista» es el centro de la naturaleza, en torno al cual ocupan su lugar las demás criaturas.

A pesar de las diferencias de tiempo, estilo y material utilizado de diversa procedencia, ambas narraciones señalan hacia un mismo núcleo: Dios, libremente y por amor, es el creador del mundo, él llama a la existencia a todas las criaturas, que se encuentran en una referencia esencial con el hombre.

El «Yahvista» describe la creación del «hombre» (en hebreo *adam*) como la obra de un alfarero. Hecho de arcilla (*adamah*) está vinculado estrechamente a la tierra, pero, vivificado por el aliento de Dios, es el ser capaz de dialogar con él. Ante Dios se juega su destino, ante él ejerce su libertad. Y así afirma simbólicamente el «Yahvista»: «Puedes comer de todos los árboles del jardín; pero del árbol de conocer el bien y el mal no comas; porque el día en que comas de él, tendrás que morir» (Gn 2, 17).

La creación de la mujer es una hermosa etiología (= reflexión sobre la situación presente a partir de los posibles orígenes de lo que ahora acontece) sobre la atracción entre el varón y la mujer, sobre el amor: no es bueno que el hombre esté solo, pues está hecho para el encuentro y la comunión. Estrechamente ligado a este relato de la creación, aparece

---

<sup>3</sup> Cf. las dos obras más significativas, y ya clásicas, sobre el relato sacerdotal de la creación con sus respectivas diferencias de enfoque a nivel exegético: W. H. SCHMIDT, *Die Schöpfungsgeschichte der Priesterschrift. Zur Überlieferungsgeschichte von Genesis 1,1 - 2,4a und 2,4b - 3,24*, Neukirchner Verlag, Neukirchen - Vluyn<sup>2</sup>1967, O. H. STECK, *Der Schöpfungsbericht der Priesterschrift. Studien zur literarkritischen und überlieferungsgeschichtlichen Problematik von Genesis 1,1 - 2,4a*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen 1975.

la historia del primer pecado de la humanidad (Gn 3), para decirnos, con diversos elementos simbólicos, cómo el ser humano rompe el equilibrio y la armonía de esta creación con su actuación culpable<sup>4</sup>.

En el relato sacerdotal (fuente P) se afirma la relación del mundo con Dios y la trascendencia inviolable de éste, que hace surgir los seres con su palabra soberana, que crea, ordena y bendice. La creación del ser humano (Gn 1, 26-28) acontece como culmen de la obra de Dios: a su imagen y semejanza lo crea como varón y mujer, y con su bendición les da la tarea del dominio sobre la naturaleza, como un rey que ha de gobernar con responsabilidad y sabiduría<sup>5</sup>. El séptimo día, el día del descanso para Dios y para el hombre es el símbolo de un tiempo de plenitud, de la plenitud futura de la salvación. «Y vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno» (Gn 1, 31a): a pesar del mal y del sufrimiento, a pesar de las experiencias históricas de las derrotas y del destierro, se afirma con rotundidad, se confiesa con profunda fe que Dios obra por amor y que crea un mundo bueno.

En ambas tradiciones [yahvista (J) y sacerdotal (P)] se tiene plena conciencia de la existencia del mal, del sufrimiento de los seres humanos. Y las respuestas creyentes que dan [que continúan con la narración del «primer pecado» en J (Gn 3, 1-24) y con la historia del diluvio en P (Gn 6, 1-9, 17)] se hallan en la misma perspectiva: no hay en la realidad dos principios, el bien y el mal, que combaten entre sí, ni el mundo es malo. Dios actúa por amor, pero el hombre responde usando su libertad para hacer el mal y generar sufrimiento a sus semejantes.

¿Y cómo restablecerá Dios la armonía sobre el caos, la bondad sobre la maldad, la salvación sobre esta historia de dolor y de muerte? Es la pregunta que queda pendiente. Y que los discípulos de Jesús creyeron poder contestar de forma definitiva tras la experiencia de su resurrección.

Los escritos del Nuevo Testamento dan por supuesta la fe en la obra creadora de Dios. En los evangelios sinópticos se nos muestra a Jesús, hablando de Dios, como Alguien cercano y solícito con todas sus criaturas: «Fijaos en las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni meten en graneros, y sin embargo, vuestro Padre del cielo las alimenta. ¿No valéis voso-

<sup>4</sup> Cf. la fundamentada síntesis de la exégesis de la narración yahvista de la creación que hace E. HAAG, *Der Mensch am Anfang. Die alttestamentliche Paradiesvorstellung nach Gn 2-3*, Paulinus - Verlag, Trier 1970, 168-189.

<sup>5</sup> Cf. Sab 9, 1-3: «Dios de los Padres, Señor de la misericordia, que con tu palabra hiciste el universo y con tu sabiduría formaste al hombre para que dominase sobre los seres por ti creados, rigiese el mundo con santidad y justicia y ejerciese el mando con rectitud de espíritu.»

tros más que ellas?» (Mt 6, 26). Jesús se siente el intérprete auténtico de la voluntad de Dios y reivindica la intención originaria del creador frente a las tradiciones humanas que la deforman: «El sábado se hizo para el hombre, no el hombre para el sábado» (Mc 2, 27). Y sus curaciones son la expresión de la cercanía del Reino de Dios, de la bendición definitiva del Dios creador que salva lo perdido y cura lo que está enfermo.

Por su muerte y resurrección la creación alcanza su meta definitiva, su punto culminante: «Así está escrito: el primer hombre, Adán, se convirtió en un ser vivo, el último Adán se hizo un espíritu que da vida» (1 Cor 15, 45). Y si Jesús resucitado es la culminación de la obra creativa de Dios, tuvo que ser él el modelo original: «Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho» (Jn 1, 3). De una forma muy bella lo expresa un antiquísimo himno cristiano que leemos en la Carta a los Colosenses (1, 15-17): «Él es imagen del Dios invisible, primogénito de toda la creación, pues por él fue creado todo, en el cielo y en la tierra: lo visible y lo invisible, majestades, señoríos, autoridades y potestades. Todo fue creado por él y para él, él es anterior a todo y todo tiene en él su consistencia.»

## ¿QUÉ SIGNIFICA CREACIÓN DE LA NADA?

¿Qué entendemos por creación de Dios? Con mucha frecuencia se entiende como algo que ocurrió «al principio»: Dios llamó a la existencia a los seres. Sin embargo, la acción creadora de Dios no se puede comprender como puro pasado, porque «ser creado» significa no poseer en sí mismo la causa de la propia existencia. Por eso la creación no debemos interpretarla como una acción puntual, sino como una relación. Dios creó y crea en cada instante, porque si no fuera así, todo lo contingente, lo creado se hundiría en la nada<sup>6</sup>. Dios como creador es el Miste-

<sup>6</sup> Cf. A. GANOCZY, *Schöpfungslehre*, en W. BEINERT (Hrsg.), *Glaubenszugänge I*, Ferdinand Schöningh, Paderborn - München - Wien - Zürich 1995, 411: «Alles kreatürliche Sein bleibt *durch das Nichts bedroht*. Von sich aus könnte es dorthin zurückfallen. Deshalb betätigt sich der Schöpfer nochmals als *Erhalter*, auf den die Geschöpfe unbedingt angewiesen sind. Auf die "*creatio ex nihilo*" muss eine "*conservatio a nihilo*" folgen» (cursiva del original). Cf. las acertadas afirmaciones que se hacen en la editorial *Il mistero della creazione* de «La Civiltà Cattolica», n. 3.610 (2000/IV), p. 318: «Cioè la creazione non entra nella categoria dell'azione, ma in quella della relazione, nel senso che la creazione stabilisce una relazione di dipendenza stessa dell'essere creato per rapporto al principio che lo fonda» (cf. igualmente *ibid.* 325).

rio trascendente, que «más allá» de la criatura se hace paradójicamente presente en ella, como fundamentación inmanente de su ser creatural, de su autonomía y de su posibilidad como ser. En su inmanencia Dios continúa siendo el trascendente, diferente de todo lo creado, dando consistencia continua al ser de todo lo que existe<sup>7</sup>: «Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces, pues, si algo odiases, no lo hubieras creado. Y ¿cómo podría subsistir cosa que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no la hubieses llamado?» (Sab 11, 24-25).

En una dependencia necesaria del creador como razón de su ser, la criatura no tiene en Dios un rival, sino al garante de su autonomía. Quizá la experiencia del amor personal puede iluminarnos esta realidad. El que se siente amado incondicionalmente, se ve «dependiente» de ese amor, pero no lo percibe como una cadena que esclaviza, sino como una vinculación que lo confirma y lo realiza, que le da consistencia y hace posible su libertad y su respuesta de amor.

¿Y qué significa creación de la nada (*creatio ex nihilo*)? Apoyándose especialmente en la cita de 2 Mc 7, 28 («Hijo mío, te lo suplico, mira el cielo y la tierra, fijate en todo lo que contienen y verás que Dios lo creó todo de la nada, y el mismo origen tiene el hombre») y en Rm 4, 17 [«(...) Dios, que da vida a los muertos y llama a la existencia a lo que no existe»], el pensamiento cristiano, desde la segunda mitad del siglo II, formuló la doctrina de la creación de la nada, para afirmar con rotundidad que Dios mismo, y ninguna otra cosa fuera de él, constituyó y constituye la fuente primera de todo lo que existe. La cosmología cristiana se fue alejando rápidamente de la concepción de Platón (muerto en el 347 a.C.), que en su diálogo *Timeo* presentaba tres principios, que, al mismo nivel, constituyeron el mundo: Dios, las ideas y la materia. Se quiso evitar la solución propuesta por Marción que admitía un Dios bueno y liberador (en el Nuevo Testamento) y un Dios creador (en el Antiguo Testamento) que había formado el mundo con una materia mala. La fe cristiana tuvo que defenderse también de las tendencias cristianas gnósticas que, en sus planteamientos esotéricos, contemplaban el mundo creado como una realidad caída en las tinieblas de la materia mala, y de la que sólo era posible liberarse con una revelación única y exclusiva para los iniciados. La creación de la nada fue el baluarte que defendió la bondad de la creación, surgida de la acción amorosa de Dios, rechazando la idea de una materia preexistente y eterna que condicionara la libertad divina<sup>8</sup>.

<sup>7</sup> Cf. G. L. MÜLLER, *Dogmática*, Herder, Barcelona 1998, 157-158, 215.

<sup>8</sup> Cf. A. GANOCZY, *o.c.*, 407-409; D. SATTLER - Th. SCHNEIDER, *Doctrina de la creación*, en Th. SCHNEIDER (dir.), *Manual de Teología Dogmática*, Herder, Barcelona 1996,

## ¿CONTRADICE LA TEORÍA DE LA EVOLUCIÓN LA FE EN LA CREACIÓN DE DIOS?

En 1859 publicó Charles Darwin su obra *El origen de las especies por la selección natural*, en la que expone su teoría de una conexión evolutiva entre los seres vivos: las nuevas especies se desarrollan a partir de las precedentes mediante la selección natural y las mutaciones hereditarias. La reacción en los medios sociales e intelectuales fue sorprendentemente viva, e incluso violenta. En los ámbitos científicos de orientación positivista se elaboró muy pronto, a partir del libro de Darwin, una interpretación del universo: un monismo materialista y biológico, una cosmovisión mecanicista y atea. De una cuestión científica se hizo un conflicto ideológico, de una teoría biológica se sacaron conclusiones metafísicas. Y por la parte contraria, los teólogos se sintieron en la necesidad de defender no sólo al Dios creador, sino también la supuesta «solución cosmológica y biológica» que emanaba de los textos del Génesis. De las afirmaciones religiosas sacaron conclusiones científicas. Darwin, que en 1871 publicó *El origen del hombre*, no participó nunca personalmente en la controversia.

Se tardaron décadas en descubrir el equivocado planteamiento de unos y de otros y en rechazar la falsa alternativa «creación o evolución». En el campo eclesiástico se fue imponiendo poco a poco el verdadero sentido religioso y el alcance real teológico y antropológico de los textos bíblicos. Y en el ámbito científico se fue superando la perspectiva ideológica y se tomó conciencia de las posibilidades y límites de todo método científico, que no permite afirmaciones de carácter filosófico o religioso. El diálogo fructífero entre filosofía de la naturaleza, teología y las diversas ramas de la biología ha enriquecido la reflexión sobre el cosmos y el ser humano, y ha dejado por el camino de la historia conflictos totalmente inútiles.

Hoy se acepta con normalidad que el hecho de la evolución de los seres vivos, incluido el hombre, no puede negarse razonablemente, aunque el cómo de esa evolución es mucho más complejo de lo que se pensó en un principio. La ciencia tiene el derecho y la libertad para investigar ese ámbito empírico de la realidad, reconociendo al mismo tiempo que la cuestión sobre el sentido último, sobre la totalidad de lo real se escapa a

su instrumental metodológico. Y es en esa cuestión donde resulta legítimo plantear «la creación de Dios» como respuesta a la pregunta del porqué de la realidad finita y contingente.

Se trata de una reflexión religiosa, de una afirmación creyente, que no interfiere en la investigación científica. Por tanto, no es correcto afirmar que la creación de Dios decide el inicio de la realidad finita, y la evolución cósmica y biológica tendría la tarea de dirigir el desarrollo posterior. No es así. No se trata de una sucesión temporal de dos acontecimientos al mismo nivel. Son estratos metafísicamente diversos. Como ya hemos dicho, la creación no es simplemente el inicio. La acción creadora de Dios debe presuponerse siempre: da el ser, y lo funda y sostiene en cada momento. Dios crea continuamente. La evolución cósmica y biológica, con sus peculiaridades respectivas, explica de forma complexiva el desarrollo comprobable de aspectos importantes de la realidad. Y desde la fe afirmamos que Dios actúa como creador en el seno de esa realidad, como condición fundante que hace posible su ser. No es una causa más junto a otras causas en el entramado de lo finito. En su proceso constante de creación Dios capacita a la criatura para superar sus posibilidades, activando sus propias fuerzas<sup>9</sup>.

Y en el caso de la hominización (origen del hombre) y del surgimiento de un nuevo ser humano, como espíritu encarnado, la fe cristiana afirma la intervención creativa inmediata de Dios, cuya voluntad y amor no menoscaban ni impiden la autonomía de las criaturas y de las causas que actúan a nivel empírico.

### ¿ES POSIBLE UNA CONCIENCIA ECOLÓGICA DESDE LA FE EN DIOS CREADOR?

En los últimos treinta años, ante la degradación del medio ambiente a consecuencia de la explotación incontrolada de los recursos de la tierra, se han levantado voces contra el mandato bíblico de dominar la tierra y ponerla al servicio del hombre. Se ha acusado al cristianismo en ciertos ambientes intelectuales y periodísticos de ser el causante de la destrucción de la naturaleza (por ejemplo: Dennis L. Meadows, autor

---

<sup>9</sup> Cf. B. WEISSMAHR, *Gottes Wirken in der Welt. Ein Diskussionsbeitrag zur Frage der Evolution und des Wunders*, Verlag Josef Knecht, Frankfurt 1973, 20-39, 109-145, 151-153; G. L. MÜLLER, *o.c.*, 219-221; G. KRAUS, *o.c.*, 328-375.



del primer informe del «Club de Roma» sobre los límites del crecimiento, Linn White, J. W. Forrester, Carl Amery, Eugen Drewermann...).

Es indudable que la mentalidad del hombre occidental, sobre todo desde la revolución industrial, ha estado orientada hacia una transformación de la naturaleza centrada en el lucro y en unos intereses poco sensibles para el medio ambiente. Esa mentalidad se ha ido configurando en el seno de la tradición cultural cristiana. Pero no sería justo acusar a los autores de las narraciones del Génesis de esta actitud agresivamente explotadora. A ellos no les preocupaba evidentemente la explosión demográfica, o la contaminación de la atmósfera o de las aguas. Querían señalar el lugar privilegiado del hombre como interlocutor de Dios y su relación con los demás seres.

En la tradición yahvista (Gn 2, 15) leemos unas hermosas palabras que nos pueden orientar en este punto: «Tomó, pues, Yahvé Dios al hombre, y le puso en el jardín del Edén para que lo cultivase y guardase.» Aquí podemos reconocer una llamada a la responsabilidad humana y a una actitud de solicitud y cuidado frente a toda la creación. Desde la fe cristiana hay que poner coto a la ambición y a la rapiña, pero no sólo por razones simplemente medioambientales de mantenimiento de la integridad de la naturaleza. La conciencia ecológica implica un horizonte más amplio: la explotación sin freno en provecho de una minoría de la humanidad supone un empobrecimiento injusto y constante de miles de millones de personas y condiciona gravemente el futuro de las nuevas generaciones. La cuestión ecológica nos abre los ojos sobre el pecado, que, según el pensamiento bíblico, rompe la armonía de lo creado y pisotea con su maldad no sólo la belleza de este mundo, sino la vida y el destino de muchos seres humanos<sup>10</sup>.

El cristiano, y en especial el educador, debe promover una auténtica conciencia ecológica, basada en profundas convicciones éticas, con una equilibrada jerarquía de valores. Resulta imprescindible educar a los niños, adolescentes y jóvenes en el respeto y en el cuidado por la naturaleza, en la responsabilidad frente a la creación buena de Dios, que es patrimonio de toda persona que viene a este mundo. Es necesario alertarlos frente a los peligros individuales y sociales del consumismo, que bloquea la maduración personal, que pone en peligro el medio ambiente, que

---

<sup>10</sup> Cf. sobre la crisis del medio ambiente, la sensibilidad ecológica y la fe cristiana en Dios creador, P. SCHMITZ, *Ist die Schöpfung noch zu retten? Umweltkrise und christliche Verantwortung*, Echter, Würzburg 1985; I. BRADLEY, *Dios es «verde»*. *Cristianismo y medio ambiente*, Sal Terrae, Santander 1993; G. KRAUS, o.c., 376-407; A. BEAUCHAMP, *El creyente ante la creación*, Mensajero, Bilbao 1999, 69-87.

consagra el despilfarro inútil y que hace más difícil el reparto justo de los recursos a nivel mundial.

### ¿Y EL PROBLEMA DEL MAL?

Es inevitable enfrentarse a esta cuestión que nos afectaba tan profundamente. Desde siempre ha sido el gran desafío para la inteligencia humana y para el pensamiento religioso: ¿Por qué existe el mal? ¿No actuó Dios en su creación por amor? ¿Cómo lo consiente? ¿Cómo lo permite? ¿Por qué? Sentimos el mal como lo que no debería ser. Lo vivimos subjetivamente en forma de sufrimiento, causado por los dolores físicos, por las penas psicológicas, por las angustias existenciales... Lo descubrimos en nosotros o en los demás, en las estructuras sociales o en las relaciones personales como lo objetivamente reprochable, como lo inhumano o injusto, como pecado, como sinsentido, como absurdo.

El mal se convierte para creyentes y no creyentes en la cruz de la existencia, como problema concreto o como cuestión teórica, como misterio oscuro y amenazante, como sombra siniestra sobre el hombre y sobre la realidad de Dios.

#### EL HOMBRE ANTE EL DESAFÍO DEL MAL: RESPONSABILIDAD E IMPOTENCIA

Cuando nos acercamos a ciertas experiencias humanas básicas (como la alegría, la esperanza, el amor, el consuelo, la fidelidad...) descubrimos en las personas una confianza original en la existencia, en el poder del bien, en la realidad, que sorprende grandemente. De hecho, cuando se contempla la historia con cierta perspectiva, se ve cómo hombres y mujeres han luchado con denuedo contra el mal en sus más variadas manifestaciones, rebelándose, resistiéndose a los embates del absurdo. Unos, sostenidos por su creencia religiosa, otros, apoyados sólo en el poder de su razón, han luchado con la poesía y con el arte, con la ciencia y con la técnica, con el pensamiento y el compromiso, para suprimir, evitar o desenmascarar muchas causas del mal. Han creído que valía la pena luchar por la dignidad del hombre y, con frecuencia, han conseguido un mundo más humano.

Nos sentimos responsables frente al mal, y también desgraciadamente del mal que provoca la libertad guiada por el egoísmo y la ambición, por el ansia de poder y de tener, por el orgullo y la violencia, por

el odio. Sin el abuso de esta libertad, la historia hubiera sido muy distinta. Pero se da una impotencia real para frenar la marea del mal. Nos vemos impotentes para lograr seguridad total sobre criterios y juicios sobre el bien por la complejidad de los problemas, de las relaciones personales, de los fenómenos naturales y sociales, de la realidad en sí misma. Nos resulta imposible alcanzar una seguridad absoluta de carácter racional sobre el sentido último de la vida humana que se enfrenta tarde o temprano a la muerte y sobre el sentido de la totalidad de lo real, que se escapa, por su opacidad y ambigüedad, a nuestros intentos de manipulación y comprensión global.

En nuestro tiempo se ha roto la confianza que se tenía desde la Ilustración en un progreso indefinido de la humanidad que iría acabando con sus grandes plagas. Seguramente vivimos más humanamente, si comparamos la Europa de hoy con la Europa medieval. Pero los éxitos en el control de las necesidades básicas, del dolor y de la enfermedad, de los conflictos sociales y políticos, de ciertos fenómenos naturales nos parecen insuficientes si nos asomamos al horizonte planetario de tantos pueblos sumidos en la pobreza y en la miseria, azotados por el hambre y las catástrofes naturales, pisoteados por la opresión y la injusticia. Y, por otro lado, nuestra privilegiada situación económica y social se ve ensombrecida y amenazada por el consumismo despersonalizante, por el vaciamiento de las relaciones personales, por la depresión y por la angustia, por la soledad, por la culpa, por el sinsentido, por la muerte, que destruye los sueños de una felicidad definitiva y que siempre hipotecará cualquier oferta de salvación intramundana.

#### DIOS Y EL MAL: A VUELTAS CON EL MISTERIO

Hay que reconocer que Dios necesita de un buen bufete de abogados, dedicados exclusivamente a defenderlo de nuestras acusaciones constantes. Seguro que se arruinaría para poder pagar sus honorarios... Y nosotros ¿no tendríamos que buscarnos unas gafas mejor graduadas? No se trata de banalizar con estas palabras la tremenda cuestión de Dios y el mal. Pero convendría tener claro desde el principio que nos encontramos ante un misterio que no podemos manejar a nuestro antojo. Y si nos molesta la alusión al misterio, pensemos en el misterio de nuestro corazón, opaco incluso para nosotros mismos, o en el misterio del corazón de la persona que amamos.

El Dios infinitamente bueno crea un mundo bueno... ¿Con enfermedades, terremotos, muertes prematuras...? ¿Hubiera sido posible crear

un mundo finito, limitado, que fuera totalmente perfecto... desde nuestro punto de vista? Si por el viento se cae una teja, puede romper una farola o también mi cabeza. ¿Sería posible una atmósfera sin «vientos» o sería pensable un mundo que no estuviera sometido a la ley de la gravitación universal? Estas preguntas no son un pretexto para quitarle hierro al problema, sino una forma de llamar la atención sobre la ligereza de algunos de nuestros planteamientos: «Si Dios es infinitamente bueno... ¿cómo permite...?». Siempre que hablamos de Dios, lo hacemos desde nuestras experiencias y categorías humanas, que resultan inadecuadas para expresar su misterio.

¿Significa la bondad infinita de Dios un paraguas que nos protege de las consecuencias de pertenecer a un universo y a una naturaleza con sus propias leyes de funcionamiento? La bondad humana es un pálido reflejo de la bondad de Dios. Pero incluso hay matices de nuestra experiencia de lo bueno, que pueden abrirnos los ojos ante las profundidades del misterio de Dios: ¿Es Dios el padre que mimaba excesivamente al hijo y lo cría inmaduro e incapaz de seguir creciendo por sí mismo? ¿O es como la madre que, desde el amor y la comprensión, alienta a su hijo, sin proteccionismos inútiles, a recorrer su propio camino? Repito que no pretendo banalizar ni olvidar la tragedia de las muertes ocasionadas por un terremoto, o por un ciclón tropical<sup>11</sup>.

También tenemos dificultades para la comprensión y manejo de la omnipotencia de Dios. Si es todopoderoso, ¿no podría impedir que el hacha criminal destrozara un pecho inocente, o que la bala asesina atravesara el corazón de un niño, o que unos neumáticos revienten por una presión excesiva? O no es todopoderoso o no es un Dios bondadoso... ¿Esa es la única alternativa? Dios no puede manejarnos como estúpidos marionetas, porque nos ha creado libres. Dios no está ahí como el fontanero fantástico de nuestro mundo o como el relojero despistado que dejó un resorte de su reloj sin ajustar. Crea y mantiene en el ser a todo lo creado por amor. Y por amor, con su Espíritu, nos sostiene en nuestro caminar, libres y responsables, y tiene en sus manos la historia, donde ha introducido una dinámica imparable de salvación definitiva por la vida, muerte y resurrección de su Hijo Jesús. Él es su última palabra de amor y misericordia para un ser humano que rompió la armonía de esta creación, que desató los mecanismos destructivos del peca-

---

<sup>11</sup> Cf. F. VARONE, *El Dios ausente. Reacciones religiosa, afea y creyente*, Sal Terrae, Santander 1987, 125-132; J. M. ROVIRA BELLOSO, *Tratado de Dios uno y trino*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1993, 367-368.

do y del mal, y que busca y anhela una respuesta definitiva a sus ansias más profundas<sup>12</sup>.

#### LA EXPERIENCIA DEL MAL Y LA FE EN JESUCRISTO

Los cristianos no tenemos una respuesta teórica sobre el mal, que mágicamente pueda acabar con todas las oscuridades que se ciernen sobre nosotros en este mundo. Pero sí tenemos una historia que ilumina definitivamente el camino de la existencia y el sentido último de la realidad. Es la historia de Jesús de Nazaret, el Señor resucitado, que supo lo que significa nuestro destino en el sufrimiento y en la muerte injusta y cruel<sup>13</sup>.

Jesús vivió con lucidez y realismo su condición humana. No era un iluso ni un ser insensible. Tenía los ojos bien abiertos y supo lo que significaba el gozo y la luz, la amistad y la sonrisa, la confianza y la belleza, pero también el dolor y la enfermedad, la maldad y la injusticia, la soledad y la traición. Y, sin embargo, siempre mantuvo su actitud de servicio, su compasión por los enfermos y afligidos, por los marginados social y religiosamente, su libertad insobornable, su amor cercano e indulgente. ¿Por qué? Jesús no puede ser entendido sin su singular y exclusiva experiencia de Dios, de un Dios infinitamente bondadoso, cuya misericordia acoge sin condiciones y perdona sin límites. El realismo de Jesús es un realismo profundamente esperanzado, porque vive de la confianza definitiva en la ternura inconmensurable de Dios, que busca con ansia la oveja perdida, que abraza sin reproches ni condiciones al hijo que vuelve, que antepone su generosa misericordia a los criterios de la justicia humana.

Jesús confía radicalmente en Dios, en su *Abba* (= «mi Padre, Padre querido»), el vocablo arameo, tomado del lenguaje infantil, que expresa la ternura y la veneración que Jesús siente ante el misterio de Dios, siempre presente en su vida, incluso en la oscuridad y en la amargura de Getsemaní, cuando la maldad y la traición conducen a Jesús a una muerte segura. Él recorrió el último tramo de su vida, confrontado con la experiencia del fracaso, de la frustración y de la soledad. Y anduvo su camino en las tinieblas del sufrimiento, en fidelidad a los suyos y en fi-

<sup>12</sup> Cf. A. TORRES QUEIRUGA, *Creo en Dios Padre. El Dios de Jesús como afirmación plena del hombre*, Sal Terrae, Santander 1986, 119-149; G. KRAUS, *o.c.*, 304-313.

<sup>13</sup> Cf. J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *o.c.*, 158-159, 166-169; J. A. ESTRADA, *La imposible teodicea. La crisis de la fe en Dios*, Trotta, Madrid 1997, 347-399.

delidad a la voluntad de Dios, que permite que Jesús, el justo, caiga bajo el poder destructivo de los hombres, que, sin embargo, no pueden romper los planes de su providencia misteriosa. Del sufrimiento y de la muerte de Jesús, Dios hace surgir la salvación y la esperanza para el mundo. Su amor misericordioso se revela para siempre, como poder soberano frente a toda clase de mal, en la pavorosa muerte en la cruz.

La resurrección de Jesús de entre los muertos es la respuesta del amor del Padre a su Hijo, que compartió el destino humano en una historia inundada por el mal desencadenado por la libertad de los hombres. Desde la fe en Jesús el Señor es posible descubrir el sentido último de la realidad en el aparente sinsentido, la esperanza definitiva a pesar del límite oscuro de la muerte, la bondad infinita de Dios en la noche oscura del desaliento y de la soledad.

Ante el misterio del mal se levanta el luminoso misterio de Dios. El cristiano no está llamado a perderse en elucubraciones estériles, o en consuelos banales, o en una palabrería inoportuna e impertinente. Nuestra fe nos exige el seguimiento de Jesús, en su lucidez, en su realismo, en su compasión sin reservas, en su actitud de servicio y de solidaridad, en su radical confianza en Dios Padre, como ternura entrañable que se reserva la última palabra sobre nuestra vida y sobre nuestra historia, una palabra de salvación y de misericordia.